

2. Desastre

(Erick)

Quisiera saber el momento exacto cuando comencé con este gusto (*si se le puede llamar así*), por que siempre que intento pensar en mi recuerdo más antiguo sobre esto suele surgir en algún momento quizá un recuerdo más profundo y de tiempo indeterminado, enterrado en alguna parte de mi que puede surgir de cualquier cosa. Me recuerdo a mi de pequeño, quizá de unos 6 o 5 años, perdiéndome entre los pasillos del supermercado, frenando con curiosidad nerviosa en el pasillo de bebés. Mirando con emoción silenciosa pañales coloridos y olores agradables que me llenaban de una sensación agradable e indescifrable.

Era hijo único y según mis padres, aprendí a ir al baño desde muy chico, así que realmente mi único recuerdo con usar pañales eran esos recuerdos falsos de las fotografías viejas de un álbum fotográfico, donde mamá y papá me sostenían cada uno de una mano y me enseñaban a caminar, mientras un usaba un vistoso y enorme pañal de tela.

Luego de eso, mi único contacto con aquellas cosas infantiles eran mis parientes más pequeños, siendo yo el mayor de mis primos, poco a poco fueron llegando a casa algunos pañales que terminaban desapareciendo poco a poco sin que nadie lo notase.

Me apena decir que yo era un ladrón de pañales... pero me hubiera apenado mas admitir en ese momento que deseaba probarlos y sentirlos siendo que al mismo

tiempo todos me consideraban un niño muy maduro y responsable para mi edad. Así que continuó siendo un secreto solemne, que de ser posible me llevaré hasta mi tumba.

Otro de esos recuerdos que uno pensaría sería difícil de olvidar, volvió a mí de hecho muy recientemente, allá por la temporada de mi mudanza. Mamá había conseguido mi pequeño departamento gracias al contacto de una conocida suya; una vieja vecina que vivió hace algunos años en nuestra calle. Era una señora de origen asiático, o eso me lo parecía, con sus rasgos faciales tan finos y característicos.

La señora Violeta. Ella me rentaba el departamento, pero cuando era más chico, quizá unos 8 o 7 años, recordaba que mis padres me dejaban a veces a su cuidado. En una de esas pocas ocasiones, recordaba haber conocido a uno de sus sobrinos... ¿o quizá una sobrina? No lo recuerdo bien. Me gustaba estar solo con la señora Violeta, me dejaba estar en mis cosas, viendo televisión, incluso a veces me ponía algún anime que mis padres no me hubiesen dejado ver nunca, o nos sentábamos a colorear o a jugar a las cartas. Pero esa vez que su sobrina me cuidó fue diferente. Era mayor que yo, y como quien no pide la cosa de alguna forma terminamos jugando a la casita. Ese tipo de juegos de niñas no me gustaban mucho. Odiaba tener que fingir ser mayor, llegar a una casa con mi esposa y hacer todo el numerito como si de una telenovela se tratase. Pero de alguna forma terminé en el papel de bebé, y eso me encantó. Recuerdo que hasta usé pañales y toda la cosa... bueno, encima de la ropa, de una forma ridícula sobre mis pantalones. Pero eso no quitaba que yo estaba encantado jugando a ser un niño pequeño, usar un biberón y gatear por todos lados. Supongo que me dejé llevar por el juego y lo disfruté.

Recordar aquello me ponía entre feliz y apenado. Yo esperaba la señora Violeta no lo recordara, aunque realmente no estaba en mi memoria si ella estaba o no en ese momento, o qué más pasó. Mi relación actual con los pañales y lo ABDL era un tanto diferente. Desde que había descubierto la comunidad me había identificado más con el lado DL (*Diaper Lover*) ese que solo les gusta los pañales en sí y todas las sensaciones inherentes a ellos.

Lo de jugar el rol de bebé y sumirse en una regresión voluntaria no era mi rollo... o al menos eso había pensado hasta hace unos años, antes del incidente donde tuve que cuidar de mis primos pequeños en unas vacaciones... Donde terminé en una situación complicada y terminaron descubriendo mi secreto. Por fortuna supe arreglar la situación y salvar mi secreto. Y bueno, esa es otra historia diferente.

Pero desde que había pasado aquello, algo en mí había despertado, una añoranza diminuta pero constante, de experimentar cosas de las que solo había escuchado hablar a otros. Lamentablemente para mi, vivía en uno de esos desiertos ABDL; literal y figurativamente. Donde yo vivía, no había encontrado ni una sola persona más que tuviera mis gustos o alguno remotamente similar.

Era un poco frustrante incluso darse a la búsqueda; crear un montón de perfiles por cada una de las plataformas habidas y por haber, de las más conocidas a las menos concurridas, para toparme con el mismo desenlace triste y solitario de mi propia existencia. Supongo que tener el gusto de usar pañales en una zona árida y desértica del país, con un calor de los mil demonios gran parte del año no era algo que contribuyera mucho a ser ABDL en mi zona.

Ya me había hecho a la idea de que sería una búsqueda complicada. Pero al menos tendría la esperanza de estar ahí para cuando apareciera alguien más. Mientras tanto, sentía que mis mejores amigos en el mundo estaban en línea. Vivían lejos, pero teníamos muchas cosas en común además del gusto por los pañales, las cosas de bebés y al menos yo procuraba conectarme seguido para hablar con algunos.

Volviendo de mis pensamientos, que me alejaban un poco de las ganas de soltar el contenido de mis intestinos en mi pañal, llegué finalmente a la ferretera. Entré un poco asustado, no sabía exactamente cómo pedir aquello, pero sin mucha convicción me acerqué al mostrador, donde no había nadie y solo una pequeña campanita de servicio que toqué un par de veces.

—¡Ya voy! —dijo una voz gruesa y cálida desde el fondo.

En poco tiempo y para mi sorpresa, apareció Valentin frente a mi. Aquel chico moreno y alto que había visto apenas hace un momento en la mañana antes de terminar mi turno.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte?

—Yo... eh... —Balbuceé nervioso.

Aquí debo aclarar algunas cosas. Yo conocía a Valentín desde hace unos años. Suponía yo que vivía cerca de la casa de mis padres, por que algunas veces que yo salía por cualquier cosa o iba camino a la escuela me tocaba verlo regresar trotando, lo más probable del gimnasio o algo así. De pura casualidad sabía su nombre, por alguna vez que al toparnos en una esquina y casi chocar el uno con el otro, él con unos reflejos de gato montés logró esquivarme, aunque al

hacerlo dejó tirado un gafete que rebotó de alguno de sus bolsillos.

Eso lo noté al instante, y por mero reflejo hice un grito de algún monosílabo para llamar su atención, agitando el pedazo de plástico con su nombre en lo alto. Justo cuando regresó para tomarlo con una sonrisa, pude ver claramente las letras de su nombre; VALENTIN.

Aquellas letras se grabaron con cincel en mi mente, era un nombre que le encajaba a la perfección y cada que lo veía a lo lejos, haciendo el mismo recorrido todos los días, me venían a la cabeza las sílabas de aquel nombre que querían salir de mi boca. Mi mente se la pasaba cuestionando a qué escuela iba o su edad. Y no pocas veces había soñado que estábamos en el mismo curso de preparatoria o que hacía de mi niño en algún sueño extraño.

Tenerlo ahora frente a mí, tan inesperadamente me hacía revolotear el estómago.

—¡Ahhh! —grité con los dientes apretados mientras me doblaba sobre mi estómago. Mi cuerpo empezaba a pedir clemencia.

—Ohh, ¿estás bien amigo?

—Sí... Estoy bien, yo solo necesito uno de esos tubos para el tanque de agua de mi retrete, ya sabes con lo de la bomba y todo eso.

—¿Un herraje de WC?

—Eso, sí. Necesito uno de esos, mi baño está desperdiciando agua desde hace tiempo, me ha tirado toda el agua del tinaco.

—Ohh, ¿estás seguro de que sea eso? Si tu tanque no está goteando o el flotador funciona correctamente, quizá sea más cosa del Sapo.

—¿Un sapo? —dije sin comprender a qué se refería. ¿Que haría un sapo dentro de mi baño?

—Sí, es la compuerta que separa el tanque de la taza. Se acciona con la palanca del WC. ¿Sabes si sellaba correctamente?

—¿Ehh? Bueno, yo no lo sé. Pero sí que el tanque no gotea, solo desperdicia agua siempre que me descuido.

—Bueno, quizá es solo ese el problema. Creme, un herraje es costoso y un poco complicado de instalar, pero el sapo solo te tomará un minuto.

—Yo... no lo sé. Había consultado en internet y pensaba era cosa del herraje...

—¿Qué tal si hacemos una cosa? Igual tengo que salir a hacer unos encargos, si quieres puedo llevarte a tu casa y examinar el problema. Si lo prefieres llevaremos un juego de herrajes y algunos Sapos para ver qué podemos hacer. Sea lo que sea te solucionaremos el problema. ¿Qué te parece?

—Wow, bueno... no diré que no a eso. Si no es una molestia.

—Para nada. Espérame afuera, salgo en un segundo, es la camioneta Ford café con crema.

Salí luego que dijo aquello y se perdió entre los pasillos de la bodega a sus espaldas. Tan pronto como salí pude distinguir el vehículo que había dicho, una vieja camioneta algo despintada que dejaba ver algo de metal pulido y mucho óxido por todas partes. Bueno... trabajaba en una ferretera, quizá era del dueño del lugar o algo así.

Tal como dijo no tardó en salir también, cargando un par de palas en el hombro con una mano y una bolsa de plástico en la otra. Arrojó las palas a la caja de la camioneta y abrió la puerta del vehículo introduciéndose a ella casi de un salto. Se estiró dentro y me abrió la puerta del copiloto.

—Muy bien, amigo, ¿dónde está tu casa?

—Ahh, sí, vivo a dos calles, en la Cerezos. Es un edificio grande, el que parece una escuela.

—Se cual es, que interesante que vivas ahí. —dijo con una sonrisa y arrancando la camioneta con un giro de la llave.

Todo pareció temblar un momento al encender el motor, me sentí empujado y recargué toda mi espalda en el asiento mientras Valentin aceleraba. No tardamos mucho en llegar a mi departamento.

—Suelo trabajar haciendo mantenimiento a este edificio, de hecho. Así que conozco bien el lugar. ¿Cuál es tu numero?

—Estoy en el 23. A la orilla —dije bajando de la camioneta y avanzando hacia la puerta.

Ambos subimos por unas escaleras hasta el pasillo del segundo piso, donde estaba mi correspondiente depa. Abrí rápido la puerta y me puse algo nervioso, intentando pensar si se me había quedado algo comprometedor a la vista. Nada vino a mi cabeza y terminamos entrando.

Por fortuna solo nos encontramos con el desorden habitual; unos cuantos papeles en la mesa, algunos calcetines en el suelo y un garrafón de agua purificada medio vacío junto a la ventana. Valentin se encaminó sin preguntarme a la puerta del baño. Era obvio que conocía bien el edificio y muy seguramente todos los departamentos eran iguales.

—No era una escuela, ¿sabes? Realmente este edificio era un hospital. Hace unos 30 o 40 años más o menos. Lo remodelaron como un hotel pequeño y luego se convirtió en un edificio de habitaciones/departamentos pequeños para estudiantes y trabajadores. La dueña supo aprovechar la ubicación.

—¡Wow!, no tenía idea, en verdad —dije con sinceridad acercándome para ver lo que hacía.

Valentín ya había sacado la tapa del tanque del WC y examinaba el interior con detenimiento.

—Si parece que no sella completamente el Sapo. ¡No te preocupes, lo cambiaré en un minuto!

Me alegraba por aquello, mi cuerpo empezaba a agonizar un poco mientras otro calambre estomacal me hacía estremecer las entrañas. Empecé a sudar sin darme cuenta. Por un momento pensé en quizá correr al Oxxo, aún llevaba mi uniforme y bien podría disculparme con Yolanda mientras corría para entrar al baño.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó Valentín mientras me veía bailar un poco detrás suyo.

—Sí yo, solo estoy un poco apurado esta mañana. ¿Crees que puedas...

—Ya casi acabo, solo falta apretar un poco la cadena.

Me estaba volviendo loco en silencio así que me retiré a mi habitación. Mi cuerpo se estaba rindiendo, e involuntariamente un par de gases se salieron de mi asustándome de muerte.

—No no no... solo un poco más, aguanta —me animé a mi mismo en un susurró mientras ponía mis manos sobre mi trasero intentando frenar lo inevitable.

—Listo, amigo, ¡Ya ha quedado! —dijo Valentin saliendo del baño y acercándose a la puerta de mi habitación.

Escuché sus pasos y el miedo me invadió de pronto. Corrí hacia el intentando que se mantuviera alejado y no viera mis estantes llenos de pañales ni mi

guardaropas expuesto con mamelucos y onisies. Logré interceptarlo y frenarlo con las manos, mientras él me miraba con un rostro confundido.

—¿Todo bien amigo?, estás sudando muchísimo.

—Si yo, estoy... ¡ahhh! —otro fuerte retortijón me hizo inclinarme una vez más ahora frente a Valentin.

Sentía como otro gas se me escapaba, pero esta vez algo más salió también. Me congelé ahí, y me puse rojo como un tomate cuando comencé a sentir mi pañal llenarse del desorden de mis entrañas.

—Amigo tu... —pronunció apenas Valentin cuando era obvio que se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Su rostro mostraba una visible confusión, mientras yo me llenaba de pena y vergüenza.

Me tragué lo que me quedaba de orgullo para darle de empujones hasta la salida, donde aun con su rostro confundido observó cómo le cerraba la puerta casi en la cara.

—¡Oye, espera! —dijo sin entender nada.

Yo solo me lancé contra la puerta y me eché a llorar, como un bebé desesperado. En silencio.

—¡Ya vete!

—Pero lo del sapo.

—¡Te lo pagaré más tarde, ya sabes donde vivo y sé dónde trabajas!

Se hizo el silencio un momento mientras las lágrimas calientes bajaban por mis mejillas y caían a mis pies. Escuché a Valentin dar un par de pasos por el pasillo y alejarse. Hasta que volvió en sus pasos y tocó la puerta.

—¡¿Qué quieres?! —dije todo lo frustrado y enojado que podía estar. No con él sino conmigo mismo.

—Déjame ayudarte. Sé que no tienes agua, pero tengo un sitio cerca donde puedes bañarte, si quieres.

Nos quedamos en silencio un momento más. Hasta que por fin le abrí de nuevo la puerta y lo miré aún con mis ojos hinchados y mis mejillas rojas.

—Sí, deja voy por mi ropa.

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.